de miseria donde "viven" los pobres, en donde las mujeres con su cubo y su estropajo quieren ablandar los caserones hostiles, en donde un zapatero tullido arrastra su miseria sobre muletas, en tanto que los niños pretuberculosos tienen echada al cuello la gara de la muerte. Es aquí donde los pobres oyen una voz que dice: ¡aprende a sufrir sin lamentarte! ¡No olvides que el orden gobierna el mundo!!

Una miseria igual aunque distinta a la del "zapatero y su mujer" es la de Frau Fritzke, la mujer que salvó del hambre a sus hijos durante la guerra, la que año tras año entregó su cuerpo como carne de negocio. "Sus pechos que zarandearon como se zarandea la cadena del retrete, estos pechos ahora lacios que parece que fuesen a desparramarse como dos charcos de carne pálida". Esta pobre mujer a la que el Estado roba a sus hijos ya crecidos y los separa de la pobre madre por desvergonzada, siendo inútiles lágrimas y pruebas.

¡Y la cruz de hierro! Herr Boss, el hombe que ha servido durante toda su vida al Kaiser; el que después de la guerra, cuando ve salir de su casucha uno por uno todos sus muebles, todavía cree en un Dios y en una justicia que se apiadarán de él; el que entregó todo su oro a la patria, el que para leer el DIARIO OBRERO tiene que pagarlo con lo único que posee ahora que sólo la tumba le espera: una cruz de hierro en la que se lee: "Por servicios auxiliares de guerra" ¡G. R.— Guillelmus Rex— y encima una corona!

ZAPATILLAS se llama otra de estas aguafuertes en las que Larisa nos pinta a una vieja obrera en zapatillas, oficio sobre el que ha vivido doblada toda su vida y que ha legado a su hija. La vieja es desconfiada de todos y de todo: de socialistas y de comunistas. Pero hay una revelación que se hace luz por entre las telarañas del cerebro de la vieja cuando sonríe orgullosa y dice, mirando las anchas espaldas de su hijo obrero: ¡Mi hijo está en huelga!

Termina Larisa su visita a los campos de la pobreza presentándonos un matrimonio, "EL COMUNISTA Y ELLA CATOLICA". En esta descripción, mejor que en ninguna otra, está pintada de cuerpo entero, la fuerza de esta mujer. Un hogar pobre en el que se amalgaman todos los vicios de la burguesía: concupiscencias, ignorancia, religión, representados por la mujer y la familia de ésta y que quieren ahogar y humillar al obrero y al apóstol, quien después de intentar abandonar tanta miseria sufre la humillación de volver atraído por su pequeña hija para salvarla de tanta ignominia.

Krupp y Esson

Essen fué otro día campo de las hazañas de Krupp, cuando la criminal jornada 1914-18. Fué bajo su cielo donde se construyó todo el material bélico con que Alemania, por su parte, contribuyó a ensangrentar el mundo. Essen no siente hoy ese vértigo de producir la muerte: el amo y señor de ese dominio, un Krupp, amordazado y maniatado por el tratado de Versalles deja de producir cañones y se dedica con su misma febrilidad de comerciante a crear dentaduras postizas y juguetes. Naturalmente que en la casa Krupp hay crisis, pero también hay métodos para combatirla: el ahorro impone a los señores la despedida de dos ayudas de cámara lo que dá fuerza a su conciencia para dejar en la calle, muriéndose de hambre a diez mil obreros.

Aliado de Krupp en el arte de sembrar la muerte es el millonario Hugo Stiness que ultimamente nos visitara: en los escasos palmos que las fábricas de Krupp dejan para sus moradores, Stiness ha hecho viviendas que son verdaderas trampas para las vidas de los obreros.

Carbón hierro y hombres vivientes

EN LA TIERRA DEL PLATINO: Las